

4 rasgos de la vida de San Ignacio de Loyola que pueden ser un ejemplo para los jóvenes de hoy

Rel

Manuel Cubías / Vatican News

31 julio 2021

Jesús Zaglul Criado, jesuita de República Dominicana, asistente para América Latina Septentrional y consejero general del Padre General de la Compañía de Jesús nos presenta la figura del santo fundador, **Ignacio de Loyola** en su relación con los jóvenes de hoy. El padre Zaglul Criado considera que **Ignacio de Loyola sigue siendo una figura impactante** para los jóvenes de hoy. Para explicar esto, identifica cuatro rasgos de su modo de vivir:

Ignacio fue un gran soñador

El jesuita dominicano identifica un rasgo clave de la vida de Ignacio: “fue un gran soñador, tanto en los sueños con ser caballero y, después de su conversión, los sueños de seguir a Jesús haciendo cosas más allá de los santos, los sueños de juntar un grupo de compañeros para poder hacer ese seguimiento más transformador y enfrentar todos los desafíos que tuvo que enfrentar: viajes, cárcel.

La capacidad de enfrentar los retos

Un segundo rasgo, señala Zaglul, es la capacidad de enfrentar los retos. Ignacio pone toda su pasión y los medios prácticos para llevar a cabo sus pensamientos y deseos. Se trata de un proceso largo que lo lleva de Loyola a Manresa, a Roma, Jerusalén. **San Ignacio no fue siempre comprendido por la gente de su época.** Al principio vivió muchas dificultades por la novedad de sus propuestas. En su autobiografía, Ignacio se define en este momento como “el peregrino”, como alguien “que estaba en camino siempre y que quiere realizar sus sueños (...) por ejemplo, **cuando va a Jerusalén, porque quiere seguir los pasos de Jesús,** arriesga su vida porque el barco en que viajaba naufraga. Aquí se parece mucho a San Pablo pues vive un cambio radical en su vida” y es capaz de dejarlo todo.

El santo de Loyola poco a poco fue cayendo en la cuenta de las posibilidades reales y decide con sus compañeros “**ponerse al servicio del Papa e ir a donde él los quiera mandar**”.

Construir la comunidad

San Ignacio descubre que la misión a la que se siente llamado la tiene que hacer con un grupo y, ese grupo se llama “amigos en el Señor”, afirma el padre Zaglul y añade: “se trata de un grupo de amigos que actúan con mucha libertad, mucho cariño, y aunque viven separados, hay muchos proyectos que los unen (...) y a los siete primeros compañeros lo que los une es la experiencia del amor de Dios”. **La vivencia de los Ejercicios Espirituales les permitirá tener una actitud constante de**

discernimiento, de ver por dónde va el llamado de Dios para sus vidas, como individuos y como grupo.

Profundidad interior, profundidad espiritual

Zaglul afirma que al hablar de profundidad interior no se trata solamente de la capacidad de reflexionar y de mirar la propia vida, sino **“de la capacidad de mirarla al modo de Jesús, de mirar el amor de Dios en nosotros** y descubrir que Dios se nos comunica, que Dios nos habla”. “Yo creo que Ignacio fue el descubridor de la inteligencia emocional, porque él se da cuenta de que Dios nos habla a través de las emociones”, afirma el jesuita, quien añade, Ignacio descubre “cómo los sentimientos de Dios, las mociones, porque nos mueven a cosas grandes, a cosas buenas, siempre están ligadas a una alegría que permanece, mientras que los engaños a veces se nos esconden bajo la apariencia de una alegría falsa, superficial”. La alegría es el elemento que va a marcar por dónde va el camino de Dios, la alegría marca siempre una plenitud y esa plenitud está unida a una entrega generosa. Él descubre cómo Jesús es el fondo de la alegría. En este sentido, los Ejercicios Espirituales van a ser ese camino de encuentro personal con Dios, insiste el religioso jesuita. La experiencia interior lleva siempre al seguimiento de Jesús. **No se trata de imitarlo y de hacer lo que él hizo, sino de seguirlo y de descubrir que nos dio su espíritu que nos mueve a responder a su llamada en este tiempo.** Como amigos, como grupo, como comunidad y desde una profundidad del encuentro consigo mismo y del encuentro con la persona de Jesús envía a transformar este mundo. “Lo que me ha impresionado siempre y hasta el día de hoy es la fuerza del encuentro personal con Jesús en la vida de Ignacio. **Lo que es la persona, la figura, la vida, la historia de Jesús es lo que marca el cambio radical en el peregrino de Loyola**”, afirma el padre Zaglul.

El jesuita recuerda un episodio presente en la autobiografía de Ignacio, se trata de un encuentro, un encuentro con una persona a quien denomina “la señora de muchos días”. Ignacio cuenta el relato de una señora de muchos días que le dio un consejo cuando él estaba perdido, tenía muchas desolaciones, momentos de tristeza, de confusión interna, de escrúpulos y le dijo: ‘ruegue a Dios para que se le manifieste nuestro señor Jesucristo, para que se os muestre, se os aparezca’. Dice Ignacio: - ¿aparecerseme a mi nuestro señor Jesucristo? Ignacio dice al final del capítulo tercero de la autografía que nadie le ayudó tanto en cosas espirituales como esta señora”. Yo creo que allí está como el secreto no solamente de la vida de Ignacio sino también de los Ejercicios Espirituales. Porque si nos fijamos, en los Ejercicios Espirituales somos testigos, vemos como Jesús vivió su vida, no solamente su muerte y su resurrección por nosotros”.

De este modo, Ignacio insiste en los Ejercicios en el hecho de que **Jesús “por mí que se encarnó y se hizo hombre.** Para que conociéndolo más lo ame y más lo siga”. Creo que ahí está el centro, el corazón de Ignacio y de lo que va a ser la Compañía de Jesús que él funda. El seguimiento de Jesús, no solamente la imitación, es un seguimiento que se apoya en saber que Jesús vivió su vida, cada momento de su vida por mí y que yo en la oración puedo vivir también con él ese momento y así se va

haciendo una relación de amistad. Otro momento crucial, indica el padre Jesús Zaglul lo constituyen las contemplaciones y los coloquios a los que Ignacio invita en los Ejercicios Espirituales. Creo que las mismas contemplaciones de la Encarnación primero y después del nacimiento en las que pone a Dios mirando a toda la humanidad, esa mirada de Dios que decide encarnarse, asumir nuestra humanidad radicalmente. Este hecho, para él, va a ser un elemento central, incluso de la relación con el mundo porque para él, como va a decir muchos años más tarde Teilhard de Chardin: “**para quien tiene ojos para ver no hay nada en este mundo que sea profano. Todo está marcado por la presencia de Dios**”. *Publicado en Vatican News*

En los quinientos años de la conversión de San Ignacio de Loyola **REL**

Por María García de Fleury
28-08-2021

El 20 de mayo 2021 se conmemoraron los **500 años de la conversión de San Ignacio de Loyola**, un hombre que inició una espiritualidad que ha marcado al mundo y que se mantiene viva y operante. Ignacio nació el 24 de octubre de 1491 en el castillo de Loyola en Azpeitia (España), en una familia noble. Lo llamaban Íñigo y creció en una familia cristiana numerosa, **muy relacionada con la corte de los Reyes Católicos**. Tenía una **personalidad arriesgada y agresiva**. La **Virgen María**(Nuestra Señora, como la llamaba) estuvo presente en su corazón, y en su devoción real, desde su infancia y adolescencia. En 1521 se enfrentó a las tropas francesas en la defensa del castillo de Pamplona. En pleno combate **una bala de cañón le destrozó la pierna**. Tuvo que pasar muchos meses de **convalecencia** y, aburrido, pidió libros de caballería para leer. Su cuñada no tenía más libros de ese tipo, le dio dos textos que tenía, **uno era la vida de Cristo y otro una vida de santos** Estas lecturas le abrieron a Ignacio la visión de un mundo distinto al superficial y agresivo que vivía. Este fue el inicio de su conversión. Como él mismo dice en su autobiografía: “Comencé a dejar de ser un hombre dado a las vanidades del mundo”.

Ignacio decidió ir a visitar la capilla del Monasterio de **Montserrat**, en Barcelona, donde está la imagen de la Virgen Negra. Allí tomó la firme decisión de cambiar. Hizo una **confesión general** de su vida, se dedicó a Dios como peregrino vistiendo **el saco y las alpargatas** que había adquirido en el camino, y le dejó su traje de caballero a un pobre que encontró. Colgó **su puñal y su espada** ante el altar de Nuestra Señora. El 25 de marzo de 1522, Ignacio bajó de Montserrat a la ciudad de **Manresa**, donde vivió por unos once meses en una **cueva natural** donde meditó, oró, maduró teológicamente en su relación con Nuestra Señora la Virgen María y entendió lo que significaba ser un apóstol de Jesucristo. Allí tuvo una experiencia mística que lo llevó a escribir sus célebres *Ejercicios espirituales* y le pidió a la Virgen, llamándola Nuestra Señora del Camino, que le alcanzara de su Hijo y Señor ser recibido debajo de su bandera. Manresa se considera **lacuna de la orden jesuita**. Su conversión no se dio en un solo momento, sino a lo largo de toda su vida

Nuestra Señora del Camino siempre estuvo presente como intercesora en la vida espiritual de San Ignacio, sobre todo en los momentos cruciales de su vida. Fue tan importante la devoción hacia la Virgen que su **primera misa** la celebró en la Navidad de 1531 en el Altar del Pesebre en la Basílica de Santa María la Mayor de Roma. Ignacio narra que un día, “al consagrar”, recibió “tantas inteligencias, que no se podrían escribir” y veía a Nuestra Señora como puerta y parte de la gran gracia espiritual que experimentaba en esos momentos. Cuando fue elegido como superior general de la recién formada **Compañía de Jesús** celebró la Santa Misa en el Altar del Santísimo Sacramento de la Basílica de San Pablo Extramuros de Roma frente a una imagen bizantina, en mosaico, de la Virgen María.

San Ignacio y sus compañeros vivieron en Roma al lado de la iglesia de Santa María del Camino, en cuyo altar San Ignacio celebraba misa todos los días. Ignacio vivió sus últimos años en una pequeña habitación en Roma. Desde allí gobernó la Compañía de Jesús, escribió cartas, compuso las *Constituciones* y fue testigo del crecimiento de la compañía: **de solo 6 jesuitas en 1541 pasaron a 10.000 en 1556**, el año de su fallecimiento. Murió el 31 de julio de 1556. Su cuerpo fue enterrado en la iglesia de Nuestra Señora del Camino. San Ignacio de Loyola tuvo el privilegio de haber visto mucho de su siembra, pues para aquel tiempo la compañía ya ejercía una notable **influencia en la evangelización** y contaba con miles de miembros dispuestos a predicar y defender la palabra de Dios, conscientes de que **con Dios siempre ganamos**.

14 de agosto de 2021 - 12:01 AM

Hoy celebramos a San Maximiliano Kolbe, el mártir que ofreció su vida por un padre de familia
Redacción ACI Prensa

San Maximiliano María Kolbe (1894-1941) fue un sacerdote y fraile franciscano conventual que murió voluntariamente en el campo de concentración de Auschwitz, Polonia, durante la II Guerra Mundial, después de que pidió ser intercambiado por un prisionero a punto de ser ejecutado. Fue un gran promotor de la devoción al Inmaculado Corazón de María y uno de los fundadores de la “Ciudad de la Inmaculada”, un complejo religioso construido cerca de Varsovia, que contaba con un seminario, un monasterio, una editorial y una estación de radio. Maximiliano, cuyo nombre de pila fue Raimundo, nació el 8 de enero de 1894 en la ciudad de Zdunska Wola, Reino de Polonia (en ese momento parte del Imperio Ruso).

De acuerdo al relato de su madre -registrado después de la muerte del santo-, cuando Raimundo era niño, hizo una travesura que ella reprochó enérgicamente: “Niño mío, ¡quién sabe lo que será de ti!”. Días después, la madre vio que el pequeño Raimundo había cambiado de actitud y que oraba llorando con frecuencia ante un pequeño altar que tenía entre dos roperos. Ella le pidió que le contara qué le sucedía. Entonces, con los ojos llenos de lágrimas, Raimundo contestó: “Mamá, cuando me reprochaste, pedí mucho a la Virgen que me dijera lo que sería de mí. Lo mismo en la Iglesia, le volví a

rogar. Entonces se me apareció la Virgen, teniendo en las manos dos coronas: una blanca y otra roja. La blanca significaba que perseveraría en la pureza y la roja que sería mártir. Contesté que aceptaba las dos. Entonces la Virgen me miró con dulzura y desapareció”.

Este hecho marcó la vida de San Maximiliano, quien se convirtió en un gran devoto de la Virgen Inmaculada. Años más tarde, Raimundo se descubrió llamado a la vida religiosa e ingresó a la Orden de los Franciscanos. En el noviciado (1910) cambió su nombre por el de “Maximiliano” en honor a San Maximiliano de Celeia, mártir. En 1911 profesó sus primeros votos y en 1914 los votos finales. Es entonces que adoptó el nombre adicional de “María”, por la madre de Jesús. Ya como estudiante de filosofía y teología en Roma (Pontificia Universidad Gregoriana), fundó la “Milicia de la Inmaculada” con la finalidad de promover el amor y el servicio a la Virgen y la conversión de las almas a Cristo. En 1918 fue ordenado sacerdote. De regreso a Polonia, publica la revista mensual “Caballero de la Inmaculada” y en 1929 funda la “Ciudad de la Inmaculada” en Niepokalanów, a 40 kilómetros de Varsovia. Luego se ofreció como misionero en Asia. Estando en Japón, funda una nueva “Ciudad de la Inmaculada” (Mugenzai No Sono) y publica la revista “Caballero de la Inmaculada” en japonés.

Maximiliano regresó a Polonia unos años antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial, cuando el clima social y político ya estaba convulsionado. Allí se encontró con que “El Caballero de la Inmaculada” -la publicación que fundó y dirigió- se había alejado de su línea estrictamente religiosa, dando un giro inadecuado hacia la política. Maximiliano, retoma la dirección para enderezar lo que se había torcido, y no pierde la oportunidad de criticar desde la publicación las ideas del nacionalsocialismo, contrarias a la fe. Con esto Maximiliano quedó expuesto a la persecución nazi. Mientras tanto, continuaba con su servicio sacerdotal heroicamente: alentaba a la gente a mantener la fe y a acercarse al Señor. En solidaridad con el pueblo judío, se negó a ser registrado en la lista de los “alemanes” -su padre era alemán, su madre polaca-, con lo que se hubiese librado de posteriores problemas u hostigamientos.

Maximiliano se mantuvo firme en contra del nacionalsocialismo y, por ello, luego de algunos enfrentamientos verbales con los nazis, es apresado y enviado a los campos de concentración. Estando en Auschwitz, un día se escapó un prisionero del campo de concentración y los alemanes, en represalia y como muestra de severidad, decidieron seleccionar a 10 prisioneros para que mueran de hambre en los calabozos. El décimo número le tocó al sargento Franciszek Gajowniczek, polaco también, quien exclamó: “Dios mío, yo tengo esposa e hijos”. Ante esto, el P. Maximiliano ofrece intercambiarse con el condenado. El sacerdote es llevado a un subterráneo, donde alienta a los demás prisioneros a mantenerse unidos en oración. Después de varios días, sin comida ni agua, todos han muerto y solo él queda vivo. Para desocupar el lugar, los soldados le aplicaron una inyección letal.

El P. Maximiliano rezó así hasta el final: “Concédeme alabarte, Virgen santa, concédeme alabarte con mi sacrificio. Concédeme por ti, solo por ti, vivir, trabajar, sufrir, gastarme, morir...”

El Papa San Pablo VI lo declaró Beato en 1971 y fue canonizado por San Juan Pablo II -su compatriota- en 1982. El Papa polaco dijo de él: “Maximiliano Kolbe hizo como Jesús, no sufrió la muerte sino que donó la vida”. El 19 de julio de 2016, el Papa Francisco visitó la “celda del hambre” -lugar donde fue encerrado San Maximiliano Kolbe hasta el día de su muerte- durante su visita al campo de concentración de Auschwitz, con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud, realizada ese año en Polonia.

SANTO DOMINGO Y EL ROSARIO

1208

08-08-2021

La Madre de Dios, en persona, le enseñó a Sto. Domingo a rezar el rosario en el año 1208 y le dijo que propagara esta devoción y la utilizara como arma poderosa en contra de los enemigos de la Fe. Domingo de Guzmán era un santo sacerdote español que fue al sur de Francia para convertir a los que se habían apartado de la Iglesia por la herejía albigense. Esta enseña que existen dos dioses, uno del bien y otro del mal. El bueno creó todo lo espiritual. El malo, todo lo material. Como consecuencia, para los albigenses, todo lo material es malo. El cuerpo es material; por tanto, el cuerpo es malo. Jesús tuvo un cuerpo, por consiguiente, Jesús no es Dios. También negaban los sacramentos y la verdad de que María es la Madre de Dios. Se rehusaban a reconocer al Papa y establecieron sus propias normas y creencias. Durante años los Papas enviaron sacerdotes celosos de la fe, que trataron de convertirlos, pero sin mucho éxito. También habían factores políticos envueltos. Domingo trabajó por años en medio de estos desventurados. Por medio de su predicación, sus oraciones y sacrificios, logró convertir a unos pocos. Pero, muy a menudo, por temor a ser ridiculizados y a pasar trabajos, los convertidos se daban por vencidos. Domingo dio inicio a una orden religiosa para las mujeres jóvenes convertidas. Su convento se encontraba en Prouille, junto a una capilla dedicada a la Santísima Virgen. Fue en esta capilla en donde Domingo le suplicó a Nuestra Señora que lo ayudara, pues sentía que no estaba logrando casi nada.

La Virgen se le apareció en la capilla. En su mano sostenía un rosario y le enseñó a Domingo a recitarlo. Dijo que lo predicara por todo el mundo, prometiéndole que muchos pecadores se convertirían y obtendrían abundantes gracias. Domingo salió de allí lleno de celo, con el rosario en la mano. Efectivamente, lo predicó, y con gran éxito porque muchos albigenses volvieron a la fe católica. Lamentablemente la situación entre albigenses y cristianos estaba además vinculada con la política, lo cual hizo que la cosa llegase a la guerra. Simón de Montfort, el dirigente del ejército cristiano y a la vez amigo de Domingo, hizo que éste enseñara a las tropas a rezar el rosario. Lo rezaron con gran devoción antes de su batalla más importante en Muret. De Montfort

consideró que su victoria había sido un verdadero milagro y el resultado del rosario. Como signo de gratitud, De Montfort construyó la primera capilla a Nuestra Señora del Rosario. Un creciente número de hombres se unió a la obra apostólica de Domingo y, con la aprobación del Santo Padre, Domingo formó la Orden de Predicadores (más conocidos como Dominicos). Con gran celo predicaban, enseñaban y los frutos de conversión crecían. A medida que la orden crecía, se extendieron a diferentes países como misioneros para la gloria de Dios y de la Virgen.

El rosario se mantuvo como la oración predilecta durante casi dos siglos. Cuando la devoción empezó a disminuir, la Virgen se apareció a Alano de la Rupe y le dijo que reviviera dicha devoción. La Virgen le dijo también que se necesitarían volúmenes inmensos para registrar todos los milagros logrados por medio del rosario y reiteró las promesas dadas a Sto. Domingo referentes al rosario. *Enviado por gentileza del Padre Mario Beverati*